

Francisco de Montejo dió allí algun descanso á sus fuerzas, y en seguida se dirigió á la costa en busca de sus naves. Encontrólas no se sabe dónde (21): se metió en ellas con los restos de su desgraciada expedicion y fué á desembarcar en Campeche, no en son de conquista, sino con la moderacion del que solicita hospitalidad de un enemigo generoso.

¿Qué era entretanto de Alonso de Avila y de sus valientes compañeros?

(21) Landa y Herrera pretenden que los españoles hicieron el viaje á Campeche por tierra, escoltándolos por todo el camino Mux Chel, cacique de gilam, y dos jóvenes principales de Yobain. Cogolludo sujeta esta opinion á una crítica muy juiciosa, y observa que destrozado como se hallaba, el pequeño ejército de Montejo, no hubiera podido hacer una travesía de cincuenta leguas entre pueblos enemigos y belicosos, por mas que viajase bajo la ejida de aquellos tres personajes, cuya influencia, por otra parte, no pasaba mas allá de los límites de sus respectivos dominios. Si á esto se añade que Cogolludo se funda en la autoridad del bachiller Valencia, quien expresamente asegura que el viaje se hizo por mar, se comprenderá cuánta razon hemos tenido en adoptar la opinion del texto.



CAPITULO VIII.

1528-1530

Expedicion de Alonso de Avila en busca de las minas.

—Fundacion de otra poblacion española en la península.—Insurreccion de los naturales.—Vanos esfuerzos que hace el contador para comunicarse con Montejo.—Medios de que se vale.—Situacion extrema á que se vé reducido.—Abandona por fin á Villa-Real.

Cuando sin ninguna preocupacion en favor de las dos razas contendientes, nos fijamos en esos tiempos aciagos, pero heróicos de la conquista, no podemos ménos que tributar un homenaje de admiracion á muchos de los hombres, que desplegaron en ella cualidades extraordinarias. El corazon se estremece de espanto cuando seguimos con el pensamiento á aquellos rudos y enérgicos castellanos al través de las selvas en que se internaban, en un país que no conocian y poblado comunmente de millares de enemigos. Tal es la impresion que ha causado siempre en nosotros la expedicion de Alonso de Avila.

Se recordará que el contador solo llevaba consigo cincuenta infantes y diez y seis caballos. Partió valerosamente por la

angosta senda que se le presentó delante de los ojos en busca de *Tulma* (probablemente *Tulum*) donde según sus instrucciones debía fundar una ciudad. Los indios no cesaron de hostilizarle durante su marcha; pero él nunca se detuvo para librar una batalla, y se contentó con hacer algunos disparos sobre las emboscadas, continuando entretanto su viaje. Así llegó hasta Tulma; pero el asiento le pareció muy poco á propósito para poblar, porque estaba rodeado de grandes pedregales y bosques espesísimos, donde la caballería no podría jugar para batar á los indios en el caso de una sublevación. Entonces se dirigió á Chablé—pueblo que había ya desaparecido desde la época de Cogolludo—y tuvo la fortuna de que el cacique se declarase su amigo y aliado. Desde aquí comenzaron las pesquisas del mineralogista Francisco Vazquez; pero todos los reconocimientos que practicó de la tierra, le persuadieron de que allí no había minas de ninguna especie.

Como el objeto principal de la expedición era buscar oro, Alonso Dávila (1) abrumó á su aliado con preguntas sobre el precioso metal. Este, sea por el deseo de suscitar dificultades á un vecino á quien tal vez odiaba, sea para librarse de la presencia de los españoles ó por otra causa que ignoramos, respondió que en los dominios del cacique de Chetemal podía encontrarse lo que con tanta ánsia se buscaba. El nombre de esta última población trae involuntariamente á la memoria el de Gonzalo Guerrero. ¿Qué se había hecho del afortunado libertino, que logró casarse con la hija de su antiguo señor? La historia no lo dice, y los castellanos debían experimentar muy pronto hasta qué extremo eran aborrecidos en aquella provincia.

(1) Cogolludo y otros historiadores llaman comunmente Alonso Dávila á Alonso de Avila. Estas contracciones eran del gusto de la época. Así se formó de Pedro Almindez Chirinos, Peralmindez Chirinos; y de Pedro Arias de Avila, Pedrarias Dávila.

Alonso de Avila era hombre que sabía aprovechar el tiempo y las oportunidades, y con el mismo cacique de Chablé mandó llamar al de Chetemal, suplicándole que bajase á su residencia á conferenciar con él, trayéndole al mismo tiempo algunos víveres de que tenía suma necesidad. La respuesta del jefe maya fué digna de un espartano: “las gallinas que me pide—dijo—están ensartadas en mis lanzas y los maíces en mis flechas.”

Era esta una declaración de guerra, y el impetuoso Dávila salió inmediatamente de su campamento con veinte y cinco infantes y ocho caballos á buscar al autor de tan fiera respuesta. El capitán español se había conducido hasta allí con tanta habilidad, que ya no solo el cacique de Chablé era su aliado, sino también otros muchos de las poblaciones vecinas. Algunos de éstos le acompañaron en su expedición, y como el viaje por tierra era muy penoso á causa de los pantanos, le sacaron á la costa, donde embarcados todos en canoas, no tardaron en llegar á Chetemal. Encontraron la antigua residencia de Nachancan, completamente desamparada de sus habitantes, porque el cacique que aun no había tenido tiempo de reunir todos sus elementos de guerra, no había encontrado otro medio de conjurar la tormenta que tan presto se le venía encima.

Algo contrariado Alonso de Avila con esta fuga, que le privaba por entonces del placer de la venganza, se puso á reconocer la población. Los terrenos de las inmediaciones estaban dotados de toda la fertilidad de los climas tropicales. La humedad del suelo favorecía el pronto desarrollo de las sementeras, abundaban las maderas de construcción y se criaban silvestres, innumerables árboles cargados de preciosa fruta. Estas circunstancias, unidas á la vecindad del mar, le parecieron de inestimable valor para hacer allí la fundación, que traía prescrita en sus instrucciones. Mandó por el resto de su gente que había dejado en Chablé, y cuando toda estuvo reunida, fundó

en el asiento de Chetemal, una poblacion española con el nombre de *Villa-Real*.

Entretanto el cacique que había abandonado su capital, se empeñaba en conjurar contra los invasores á todos los indios de la comarca. Dávila tuvo noticia de estos trabajos, y como le tenia mala voluntad, luego que supo dónde se ocultaba, salió á buscarle con la mitad de su fuerza y algunos aliados. Encontróle encerrado en una empalizada rústica que le servia de fortaleza, y le acometió con tanto vigor que no tardó en desbaratarle. Volvióse satisfecho á su campamento, y entendiendo que los indios deberian quedar amedrentados con la leccion que acababan de recibir, quiso dar tan plausible noticia al Adelantado, y creyó que bastarian para llevarla tres hombres de á caballo y tres buenos ballesteros. Partieron los mensajeros á Chichén, y el iluso capitan se quedó aguardando en *Villa-Real* los sesenta dias que les fijó de plazo para dar la vuelta.

Poco tiempo, sin embargo, le duró esta confianza; y al cabo de dos semanas salió para un pueblo llamado *Mazanahó*, sin mas motivo que el de saber de sus mensajeros. Poco trecho había andado cuando comenzó á encontrar los caminos obstruidos con toda clase de obstáculos, señal evidente de que los indios no habían depuesto las armas. Dávila, á pesar de que llevaba solo veinte soldados, no quiso detenerse, y prosiguió su marcha talando el bosque. Salió á un sendero practicable, donde encontró á un indio, á quien pidió informes. Este le dijo que sus compatriotas habían celebrado una nueva coalicion para acabar con los extranjeros, y que así el pueblo á donde iba, como todos los de la comarca, estaban ya armados para ejecutar su designio. Añadió que si seguian aquel camino, indudablemente serian derrotados al llegar á *Mazanahó*, porque saldrian al sitio por donde estaba mejor fortificado. Dávila preguntó si el pueblo era mas accesible por otro lado; y habiendo respondido afirmativamente aquel hombre que parecia tan enterado de

cuanto pasaba, se hizo guiar por él y le siguió al través de la selva. Los defensores de *Mazanahó* se llenaron de asombro cuando vieron súbitamente á los extranjeros dentro de la poblacion, y comprendiendo que era ya imposible toda defensa, apelaron al disimulo y aseguraron que no abrigaban contra ellos intenciones hostiles. Pero Alonso de Avila les enseñó las fortificaciones, y mientras los indios tartamudeaban una disculpa frívola, aquel tomó la palabra para exhortarlos á deponer las armas, amenazándolos con severos castigos si volvian á empuñarlas.

No habiendo adquirido allí ninguna noticia sobre los seis hombres que había mandado á Chichén Itzá, resolvió pasar á Chablé, creyendo que su aliado, el cacique, podia darle algunos informes. No tuvo necesidad de ir tan léjos, porque en uno de los pueblos del tránsito le informaron que aquellos infelices habían sido asesinados por los indios de la provincia de Cochvá, que se habían sublevado en masa.

Alonso de Avila se volvió triste y pensativo á *Villa-Real*, aunque, haciéndose todavía la ilusion de que la noticia pudiese resultar falsa, aguardó los sesenta dias que había señalado de plazo á los mensajeros. Pero habiendo trascurrido este término sin que pareciesen, y siendo mucha la necesidad que tenia de comunicarse con el Adelantado, resolvió salir él mismo á buscarle, con el ánimo de pasar por Cochvá para castigar á los asesinos de sus compatriotas. Desgraciadamente estas expediciones no podian hacerse con toda la gente, porque había necesidad de dejar alguna al cuidado de la nueva poblacion. En este aprieto, Avila ocurrió como otras veces, á los caciques que le habían brindado su amistad, y con un buen número de aliados, veinte y tres soldados españoles de infantería y tres caballos, emprendió su marcha para Chichén. En Bakhhalal (*Bacalar*) algunos principales le dijeron que si queria escusar tan largo y dilatado viaje, podia escribir al Adelantado, comprome-

tiéndose ellos á traerle la respuesta dentro de treinta dias. Pero evidentemente los indios no tuvieron otra intencion que la de ganar tiempo para acabar de organizarse, porque aunque recibieron los pliegos, nunca los llevaron á su destino.

Avila comprendió entónces que tenia necesidad de dar un golpe atrevido para amedrentar á los indios de aquella comarca, que ya comenzaban á faltarle al respeto. La guerra á la provincia de Cochvá era una oportunidad excelente, y para emprenderla con mayores probabilidades de éxito, pasó á Chablé á solicitar la cooperacion de sus habitantes. Pero sus antiguos aliados se negaron á acompañarle, y sin desanimarse con esta repulsa, continuó su marcha para ejecutar su designio. En las fronteras de la provincia sublevada, se encontró con un pueblo fortificado, á cuya vista le abandonaron los últimos indios amigos que le seguian. Esta conducta llenó de cólera á los españoles y corrieron en pos de los fugitivos. Lograron apoderarse de dos caciques, y ciegos de furor, asesinaron bárbaramente á uno de ellos. El segundo debió su salvacion á haberse abrazado de las rodillas del capitán.

Este incidente no fué todavía bastante para desanimar á Dávila, y valiéndose del ardor que otras veces le habia dado excelentes resultados, dió un largo rodeo y atacó el pueblo fortificado por donde ménos le aguardaban sus defensores. Los indios se defendieron con valor, y los castellanos se vieron en grande aprieto, porque eran veinte y seis contra tres mil. No obstante, venció la superioridad de sus armas, y los naturales, despues de algunas horas de combate, abandonaron la poblacion. Un prisionero aseguró al capitán que el camino que iba á seguir estaba erizado de peligros, semejantes al que acababa de vencer, y aunque con este motivo, los castellanos variaron de direccion, no por eso disminuyeron las dificultades. Casi en cada pueblo de su tránsito tenian que librar un combate, y á los pocos dias de marcha, notaron con espanto que muchos de ellos

estaban heridos. Entónces Alonso de Avila, comprendiendo que todo el país se habia puesto en armas para resistirle, desistió de su viaje á Chichen Itzá. Es verdad que la vuelta á Villa-Real estaba tambien muy preñada de dificultades; pero al fin la distancia era menor, y el cacique á quien salvó la vida en Cochvá, se ofreció á servirle de guía. Los expedicionarios pusieron su confianza en él, y despues de una marcha penosísima al través de enmarañadas selvas, de ciénegas y pantanos, lograron al fin salir á su campamento, sin haber encontrado en su trayecto una sola poblacion.

Alonso de Avila estaba muy contrariado. Parecian inadecuados todos los medios que inventaba para poner en contacto las dos primeras poblaciones españolas de la península. Y sin embargo era urgente comunicarse con el Adelantado para que tomase una resolucion en vista de lo que acontecía. Francisco Vasquez habia acompañado al capitán en todas sus salidas, y en ninguna se habia encontrado indicio alguno de que la tierra produjese minas. Además, la nueva colonia se hallaba cercada de peligros por la escasez de sus recursos, que cada dia aumentaba, y por la sublevacion general del país. Tal vez si Alonso de Avila se hubiese determinado desde aquel instante á levantar su campamento para reunirse con el Adelantado, hubiera evitado muchas de las desgracias que llovieron despues sobre las dos fracciones del pequeño ejército expedicionario. Pero quizá sus instrucciones eran muy terminantes, y no atreviéndose á faltar á ellas, puso en juego nuevos recursos para alcanzar su antiguo designio.

Algunos de estos fueron de un carácter violento y cruel y sirva de ejemplo el siguiente. Un destacamento que habia salido de Villa-Real á las órdenes de Martin de Villarubia, logró apresar unas canoas, entre cuyos pasajeros se hallaba el hijo de un cacique de las cercanías. Dávila hizo venir á su campamento al padre del prisionero, y entregándole un pliego para el

Adelantado, le dijo que si dentro de un mes volvía de Chichen con la respuesta, su hijo sería puesto en libertad y devolvería todos los objetos aprehendidos en las embarcaciones. El indio recibió el paquete y se retiró. Cuando transcurrido el plazo, el capitán le hizo volver á Villa-Real y le interrogó, dijo que el pliego había marchado; pero que como todo el país estaba en son de guerra, los mensajeros habían sido asesinados en el tránsito. Alonso de Avila creyó comprender que se le engañaba, y apeló á ese recurso bárbaro, que tan en boga se hallaba á la sazón en toda la Europa. Puso al cacique en el tormento, y habiendo arrancado el dolor á éste la confesión de que el mensajero no había marchado, el español quiso ensayar el medio de hacer cambiar el papel de sus víctimas. Ordenó al hijo que pasase á Chichen, quedando entretanto en rehenes el cacique. Pero el mancebo imitó la conducta de su padre, y no vaciló en abandonar á éste á la rabia castellana por cumplir con un deber de patriotismo.

Las violencias cometidas por la fuerza invasora en esta expedición, no fueron solamente del género de las que acabamos de referir. Aprehendida una joven india de extraordinaria hermosura, fué requerida de amores por varios castellanos, con la esperanza acaso de que la timidez, que se apodera de los seres débiles en el cautiverio, la hiciera acceder á sus torpes deseos. Pero la joven manifestó que era casada, que al despedirse de ella su marido para ir á la guerra, le había jurado fidelidad, y que ningún respeto humano la haría faltar á su juramento. Ruegos y amenazas fueron inútiles para vencer su constancia; y entonces su inhumano carcelero tomó la bárbara determinación de arrojarla á sus perros, que la hicieron pedazos. Tal por lo ménos lo asegura un historiador, que ciertamente no puede ser acusado de haber disimulado á los conquistadores, ninguna de sus faltas (2).

(2) Landa, Relación de las cosas de Yucatan, § XXXII.

Mientras se verificaban estos sucesos, se conjuraba una nueva tormenta contra la reciente colonia. Los indios de aquella región del país, viendo que los españoles no salían ya de su campamento, resolvieron incomunicarlos con un sitio riguroso para matarlos de hambre. Llegó á noticias de Avila esta resolución, y para conjurarla, se proveyó de cuantos víveres pudo con el ánimo de resistir hasta tener noticias de Montejo. Bien hubiera querido ser atacado en Villa-Real, porque su posición ventajosa le habría dado indudablemente la victoria. Pero los indios no lo intentaron nunca, y con esa calma imperturbable, que es uno de los rasgos distintivos de su carácter, resolvieron aguardar á que el hambre y el fastidio hiciesen huir á sus enemigos.

Y no se equivocaron en sus cálculos, porque hacia el año de 1530, Alonso de Avila, exasperado de no haberse podido comunicar con Montejo y presumiendo por el largo silencio que guardaba, que había perecido con su ejército ó abandonado el país, resolvió abandonar también á Villa-Real para no morir de inanición en su aislamiento. Embarcóse con los cuarenta hombres que le quedaban en unas canoas que había quitado á los indios, salió al mar y navegó hacia el Sur, rumbo á Honduras. Era tal ya la miseria de los expedicionarios, que para haber de comer en este viaje, tenían necesidad de bajar periódicamente á tierra, para recoger frutas silvestres, palmitos y cangrejos. Así llegaron á Trujillo, donde se encontraron con que los colonos pasaban casi las mismas miserias que los de Villa-Real. Pero á los pocos meses de su llegada, arribaron al puerto dos navíos procedentes de Cuba, en uno de los cuales se embarcó el antiguo contador con su gente. Dió una vuelta casi completa al rededor de la península, solicitando de Montejo, y al fin hubo de encontrarle en Campeche, donde luchaba todavía con su mala fortuna.